

# “La Lección”, su Público y el Autor

671

por Sebastián Salazar Bondy

LP 21/11/1958, p. 12

Cuando en París se estrenó, hace pocos años, la primera pieza teatral de Eugene Ionesco, cuyo título —“La cantante calva”— proponía una imagen definitivamente caricaturesca de la realidad, hubo revuelo y hasta escándalo. Un crítico partidario de la novedad que aportaba el autor hizo una prueba terrible para medir la reacción del público corriente. Salido de la sala minutos antes del final de la obra, remontó en sentido contrario a la multitud, hostigándola con el objeto de provocar sus expresiones de mal humor. Lo que recogió como cosecha se resumía en unos cuantos sustantivos: tontería, absurdo, broma, locura, extravagancia. Los espectadores protestaban por todo: por el título (en escena no había ninguna cantante, y mucho menos calva), por el argumento (una familia inglesa que recibe una visita, con la cual habla, habla y habla), por la interpretación (caracterizaciones casi circenses y movimientos exagerados), etc. El público no comprendía lo que había visto y oído, y se sentía estafado.

Ionesco siguió trabajando, en los que él llama “anti-dramas” o “anti-piezas”, con el aliento de esa poca gente que está dispuesta a acompañar todo experimento renovador sincero en el arte y en la vida. El espectador habituado al drama normal, a la comedia de comicidad fluida, al teatro tradicional bueno y malo, se resistió a dicho estilo por un tiempo, pero lentamente, por círculos concéntricos relativos a su facilidad para adecuarse a lo revolucionario, comenzó a aceptar los sucesivos títulos que, a través del tráfalo de pequeñas salas, firmó el nuevo escritor:

“Cómo librarse de él”, “Las sillas”, “Jacques o la sumisión”, “La lección”, etc. Ionesco ilustró su obra, original desde mu-

chos aspectos, con teorías nítidas y fundamentadas, y con una pieza —“El imprevisto del Puente de Alma”—, en la que se burlaba de toda la ciencia dramática contemporánea. Se trataba, en pocas palabras, de hacer una literatura escénica que no fuera ni psicológica, ni



moral, ni de tesis, ni social, sino que llevara a la interpretación humana el mismo clima y las mismas situaciones del fanteche infantil. Hacer, en fin, teatro trágico o cómico en forma absoluta, prescindiendo de todo otro interés. Aquello que el primer día había sido calificado de tontería o locura, de broma o absurdo, era fruto de una especulación que podía ser cierta o errónea, pero que, en todo caso, era lógica.

El “Grupo Independiente”, en la escena del Club de Teatro, está ahora presentando en Lima, por primera vez en español, un drama de Ionesco, “La Lección”, y la respuesta del público, no obstante las adhesiones previas que suscita todo producto intelectual que viene

de París, no difiere en mucho de la de los franceses ante la primera creación del excepcional dramaturgo de vanguardia. Un maestro tortura a una alumna hasta el crimen, y esa operación es un simple episodio de una macabra y cíclica serie. Comicidad tremenda la del diálogo porque no establece la ruptura de la convención por medio de un mecanismo más o menos conocido por los espectadores, y al mismo tiempo simbolización, en el conflicto central, de un drama contemporáneo: el mal por la desesperación, el horror por la ternura, la muerte por el vacío vital. Toda literatura propone símbolos —es bien sabido—, aun la más realista. Zola, por ejemplo, creó “Naná” como un arquetipo femenino que incluyera a todas sus semejantes del momento en que el escritor vivía y, en adelante, de siempre. No otra cosa pasa con el teatro de Ionesco: símbolos son los de la escena, a los que hay que interpretar en su relación con el mundo actual, en su sustancia humana, la cual es como una quintaesencia de la existencia presente. El profesor no es el profesor, ni la alumna, la alumna: es la autoridad y el subordinado, el poder y el individuo, la fuerza que agoniza matando y la inocencia que mata agonizando. La indagación se pierde en la cosmovisión de cada uno, implícita, por supuesto, en la cosmovisión del propio creador y en la de toda la humanidad de la época a que pertenece. ¿Absurdo, extravagancia, locura, broma, tontería? De ninguna manera: uno comparte o no las ideas del autor (sobre el teatro y sobre la vida), pero debe reconocer que la obra no está hecha para estafar a nadie. Todos debemos verla y luego juzgarla como un audaz intento de hallar la verdad, meta de todo esfuerzo intelectual trascendental.